EL ARCO

Año XIX — Cartagena 2 Marzo 1928 — Núm. 558

Periódico Católico de propaganda

CON CENSURA ECLESIASTICA

Director: JOAQUIN MATEO

Costeado por bienhechores | REDACCION Y ADMINISTRACION: P. TRES REYES, 2 | Se reparte gratis

El ocaso del anglicanismo

Muchos indicios hay que nos persuaden que el Protestantismo ing és camina decididamente hacia su ocaso. Entre otros, de los que se ha ocupado recientemente toda la prensa, podemos señalar hoy a nuestros lectores, los que se desprenden de los datos estadísticos que leemos en el «Curch Assembly», de la Iglesia de Inglaterra, que acaba de publicarse.

Según este anuario el 1926 hubo en Inglaterra un 5 por 100 menos de Confirmaciones que el año anterior. Los bautizos disminuyeron en 11.000 y los cumplimientos parroquiales en 16.000 correspondiendo esta disminución a 0'8 por 100 Se ha notado además que la asistencia a las escuelas dominicales a la hora de la explicación de la Biblia, ha descendido también notablemente.

Pero hay algo más significativo si cabe. Los donativos para el culto y clero anglicano, han sido más escasos que en 1925, de modo que en total se han recaudado unas 120 000 libras menos, o sea aproximadamente unos tres millones cuatrocientas mil pesetas.

Una pregunta: Cuando ciertos diarios de la izquierda afirman que el clericalismo está de baja ¿se refieren a caso a estos y otros gatos parecidos sobre el Protestantismo y sus infinitas sectas? Si así es, estamos plenamente de acuerdo.

La odisea de todos los revolucionarios

Clemente Vautel, el cronista de «Le Journal», empieza así su último «Monfilm»:

«Al tomar el camino de Siberia, Trotzki debió decir a sus compañeros de destierro:

«¡Qué pena que Lenine haya muerto!... ¡Ahora vendría con nosotros!...»

Saturno se contentaba con comerse a sus hijos, lo que era hasta cierto punto su derecho de autor. Las revoluciones devoran a sus padres, y esto ya se justifica menos.

Los camaradas Trotzki, Rakowski y todos los demás, pueden entregarse a amargas reflexiones sobre la ingratitud de las democracias, las cuales son tanto más ingratas cuanto más democráticas son. Son tratados por los nuevos conquistadores del plato de caviar, exactamente como ellos lo hubiesen sido por los «esbirros de la tiranía zarista». Para ello, la «ciudad futura es, entretanto, un mal poblado perdido en el fondo de Siberia... Allí encontrarán, grabadas en los troncos de los arboles, frases vengativas firmadas por desterrados del antiguo régimen.

Podrán añadir otras, que serán, poco más o menos, las mismas.»

Termina así Clement Vautel:

«Nada más desolador que la historia de todas las revoluciones, que comienzan al grito de «¡Viva la fraternidad humana!» y terminan por destierros en masa o por asesinatos en familia..

¡Pobres mentecatos que pretenden haber encontrado la felicidad universal y no pueden hacer su propia felicidad.

Que se consuele Trotzki, si puede, pensando que su aventura es banal y enviando a los triunfadores de Moscou este simple recado:

«Os esperamos. Hasta muy pronto»,

Dudas célebres

¿LA CONFESION ES INVENCION DE LOS CURAS?

Jesucristo instituyó la Confesión —Y puesto que los protestantes se apoyan en la Biblia en la Sagrada Escritura está manifiestamente con la confesión Dijo Jesucristo a sus discípulos en el día de su resurrección: «Paz a vosotros. Como me envió mi Padre os envío yo a vosotros. Recibid el Espíritu Santo: a quienes perdoneis los pecados, se les perdonarán, y a quienes se los retengais, se les retendrán». Y eso eso mismo y casi con las mismas palabras, se lo dijo a San Pedro y a los demás Apóstoles en otra ocasión: «Todo lo que atáreis sobre la tierra será atado en el cielo, y todo lo que soltáreis sobre la tierra, será soltado en el cielo». Ahora bien; los Apóstoles para esto tenían que oir los pecados; porque si no ¿cómo iban a saber lo que perdonaban y lo que retenían, lo que soltaban y lo que dejaban atado. si no lo conocían? Luego es necesario decírselo porque si no, no podrán proceder. También hay otros testimonios de la Escritura que lo confirman, pero bastan estos que son bien claros.

La práctica de la Iglesia.—Y, en efecto, la Iglesia tiene la confesión desde el principio y en todos los pueblos, lo mismo en Occidente, en la Iglesia latina, que en Oriente, en la Iglesia griega. Los protestantes, no todos, decían que la confesión se había introducido por Inocencio III en el Concilio Lateranense, en el año 1215. Esto es un error crasso, que no se comprende cómo lo pudieron decir Inocencio III lo único que hizo fué mandar que la confesión y comunión se hiciesen, por lo menos, una vez al año. Pero la confesión estaba ya desde el principio, y era tan antigua como la Iglesia, y subiendo por los testimonios de la tradición se la encuentra en los más antiguos tiempos.

Antes del siglo IV.—Desde luego, no pueden pedir muchos testimonios antes del siglo IV, porque entonces eran pocos los escritores, nos quedan de ellos muy pocas obras; los Padres en los primeros siglos, antes que a la moral y sacramentario, que se enseñaban prácticamente atendían a la apologética, y más que escribir, predicaban y exhortaban y catequizaban. Pero clarísimamente consta en los autores de aquel tiempo, como los fieles se confesaban de sus pecados. El Concilio Cartaginés, el Laodicense, San Ambrosio, San Basilio de Capadocia, San Paciano de Barcelona, Afrantes de Siria, San Cipriano de Africa, Orígenes de Alejandría, Tertuliano de Cartago, San Ireneo en Asia y en Francia, el libro antiquísimo llamado «Doctrine de los Apóstoles», de origen sirio, todos nos dan testimonios invictos de que en los primeros tiempos estaba ya en toda la Iglesia establecida la confesión. Su origen se pierde en la cuna del cristianismo; prueba clara de que fué establecida por los Apóstoles, y tenida desde el principio como enseñanza de Cristo. Desafiamos a todos los más eruditos a que encuentren el origen humano de esta institución. No lo hallarán seguramente.

R. V. S. J.

PERDON

I

Cuando Cristo a su pasión
puso término en la cruz,
como un manantial de luz
brotó en su boca el ¡perdón!

Palabra que de consuelo
tesoro infinito encierra;
al pronunciarse en la tierra
unió con la tierra el cielo.

Es la más santa y sublime
que en el mundo ha resonado;
es de amor para el malvado,
es de paz para el que gime.

En esa palabra está
del eterno bien la clave,
y aun después que el mundo acabe
resonando seguirá.

II

¡Corazón! vive cerrado
a la venganza que ciega;
quien a perdonar se niega
¿cómo ha de ser perdonado?

¡Ve si es noble perdonar,
que hasta el mismo Redentor
no encontró nada mejor
para su obra coronar!

J. TOLOSA